

Federación Médica Colombiana

Dr Sergio Isaza, presidente Federación Médica Colombiana

Dr Germán Fernández: presidente Colegio Médico de Cundinamarca

Dr Sergio Robledo: past-president Colegio Médico de Cundinamarca

Presentes:

Es para mí un honor recibir esta condecoración del Colegio Médico de Cundinamarca en la celebración de los 75 años de la Federación Médica Colombiana justo en un momento en que estas dos agremiaciones representativas del cuerpo médico, en cabeza de sus presidentes, han contribuido a destapar la perversidad de la Ley 100, que con su visión economicista de la prestación del servicio de salud, ha conducido al país a la mayor crisis del sector y a una corrupción nunca antes vista.

En la vida no construimos nada solos; por eso he querido compartir este momento con quienes han contribuido a ser lo que soy: mi familia que siempre ha estado presente, con mis padres a la cabeza, Barreto, las hijas y con mi otra familia: todos los miembros de la Fundación del Quemado.

La vida de los seres humanos está enmarcada en momentos históricos que marcan su camino. La historia de la medicina de alguna manera acompaña nuestra propia vida.

Inés Ochoa Pérez fue la primera mujer graduada como médica en Colombia en 1945, siendo la única entre 63 compañeros; Olaya Herrera había abierto las puertas de la Universidad para las mujeres en 1934.

25 años más tarde seguía siendo difícil para una mujer abrirse un espacio en la medicina; cuando ingresamos a la carrera éramos 5 mujeres de los 50 estudiantes del grupo; terminamos 2. La discriminación contra la mujer no se ocultaba, muchos profesores exponían abiertamente su rechazo a las estudiantes pues consideraban que nuestro ingreso le quitaba el cupo a los hombres que sí seguirían ejerciendo la profesión, mientras que las mujeres terminaríamos, de todas maneras, en la cocina y cuidando de los hijos; enfrentábamos comentarios y burlas de compañeros; recuerdo a uno, que en paz descansa, quien pensaba que lográbamos pasar el semestre gracias a que cada año le subíamos el dobladillo a la mini falda. Y otro que alguna vez comentó: “a pesar de ser mujer

opera bien". Afortunadamente era el auge del movimiento de liberación femenina en todo el mundo y ya era imparable.

Pasaron los años y ya recién graduada de cirugía plástica tuvimos el peor desastre natural de nuestro país, la avalancha del volcán del Ruiz, en el que murieron 22.000 habitantes. Al Hospital de Kennedy, donde trabajaba, empezaron a llegar pacientes que habían recibido una inadecuada atención pre-hospitalaria: mal reanimados, heridas contaminadas suturadas con barro y restos de lava en su interior, infectados. El desastre levantó una ola de Solidaridad de todos los profesionales de la salud y en general de toda la ciudadanía. Recuerdo a Manuel, niño de 10 años con una fractura abierta de tibia; no sabía nada de sus padres ni de sus hermanos; las víctimas habían sido dispersadas en diferentes ciudades y hospitales; con el ortopedista nos dedicamos a sacarlo adelante; cobertura transitoria con membranas amnióticas hasta que se logró injertar definitivamente. Cuando estaba a punto de salir del hospital, por coincidencia del destino, descubrimos que su padre se encontraba hospitalizado en otro piso del mismo hospital. Años más tarde me buscó y me encontró en la Fundación del Quemado para darme las gracias. No hay mayor recompensa que la gratitud de un paciente. Todavía mantengo en mi consultorio el cuadro que pinté de Omaira; esa imagen emblemática que recorrió el mundo, símbolo de una gran tragedia.

Tal vez uno de los mayores retos que he enfrentado en mi vida fue aceptar dirigir la Unidad de Quemados en el Hospital Simón Bolívar, la más grande del país. El jefe anterior era un ícono; tenía más de 20 años de experiencia en el tratamiento del paciente quemado, había fundado esa Unidad y había conformado el equipo de trabajo; nunca olvidaré sus palabras al despedirse frente a todos: a Linda yo le cambié los pañales, estoy seguro que muy pronto me van a volver a llamar...He sido la única residente que ha solicitado repetir la rotación de quemados, pero eso no me daba la preparación que tenía el Dr Sastoque. No fue fácil ganar la credibilidad la confianza y el reconocimiento;

En los 9 años que la dirigí maduré dos proyectos: crear una organización para apoyar la rehabilitación de las secuelas de los pacientes quemados una vez salían del hospital pues detecté esa enorme deficiencia; la lycra, la silicona, la fisioterapia, las cirugías reconstructivas quedaban a la deriva; en 1995 creamos la Fundación del Quemado que ya cumple 17 años; desde entonces soy su directora; se han rehabilitado miles de pacientes con calidad, oportunidad y amor gracias a la conformación de un equipo de profesionales especializados cirugía plástica, fisioterapia, psicología y trabajo social. La última actividad de impacto fue la denuncia sobre el incremento de la agresión con ácido a la mujer colombiana, la cara más visible de la violencia de género.

El segundo proyecto: crear un banco de piel. Cuando tenemos uno que otro año en el ejercicio de la cirugía plástica somos testigos de los grandes avances que ha tenido la especialidad. En la residencia había aprendido a obtener membranas frescas sin muchos criterios de inclusión y exclusión; se tomaban las membranas en una cesárea, sin consentimiento de la materna, el único criterio era que no existiera ruptura prematura de membranas y que el líquido no estuviera meconiado; se lavaban y se guardaban en un frasco de suero, sin identificar, en cualquier nevera del hospital; debido al gran riesgo de transmisión de enfermedades que éste procedimiento implicaba, por muchos años se abandonó. En 1997 logré viajar a Beverwijk, Holanda, para capacitarme en el Euroskin Bank; en 1998 fundamos el primer Banco de Piel en Colombia. Construirlo, cuando no se tienen suficientes recursos, implica ciertos heroísmos y peligros que hoy no se aceptan; un día terminamos en el andén con otra compañera, Mónica Ramírez, pues nos habíamos intoxicado con los gases de la pintura epóxica; nosotras éramos las pintoras. Los rescates de piel también los realizábamos nosotras en los hospitales públicos a altas horas de la noche; la salida del hospital implicaba un peligro para nuestra seguridad y para no correr más riesgos la piel rescatada no la llevábamos al banco de piel sino que la guardábamos en la nevera de mi casa; un día en el protector de pantalla de mi computador las hijas habían escrito: “¡No queremos más piel en la nevera de nuestra casa!”.

Hoy, soy la directora del Banco de Piel del Banco Distrital de Tejidos, primer banco público del país. Se tiene contratado el transporte especializado, los rescates los realizan técnicos capacitados. La infraestructura, los equipos, los profesionales y los estándares de calidad son uno de los mejores de Latino América.

Después de 39 años sigo casada con Barreto, mi amigo, cómplice y todo; en la calle codo a codo hemos sido más que dos; Alejandra y Bernardo, Carolina y Santiago, y los 4 nietos Leticia, Úrsula, Amalia y Esteban a quienes entregamos todo el amor de abuelos.

Gracias a la vida que me ha dado tanto. Gracias a todos Ustedes